

INTRODUCCIÓN

Desde comienzos del año, la pandemia de COVID-19 ha cobrado más de un millón de vidas, y aún no ha tocado a su fin. Muchas más personas han padecido graves dolencias. Se prevé que este año casi 90 millones de personas caerán en la indigencia.

Vivimos momentos difíciles, pero aun así hay razones para ser optimista. Las pruebas de detección son más generalizadas, los tratamientos están mejorando y los ensayos de vacunas avanzan a un ritmo sin precedentes y, en algunos casos, se encuentran en la etapa final. La solidaridad internacional se ha fortalecido en algunas dimensiones, desde el repliegue de restricciones de comercio internacional aplicadas a equipos médicos hasta la ampliación de la asistencia financiera a los países vulnerables. Además, los datos recientes llevan a pensar que muchas economías comenzaron a recuperarse más rápido de lo previsto tras reabrir luego del Gran Confinamiento.

Estamos proyectando una recesión levemente menos grave, pero aun así profunda, en 2020, en relación con el pronóstico que publicamos en junio. La revisión se debe a las cifras alcanzadas por el PIB en el segundo trimestre en economías avanzadas grandes, que no fueron tan negativas como lo habíamos proyectado; la reanudación del crecimiento en China, que fue más vigoroso de lo esperado; e indicios de una aceleración de la recuperación en el tercer trimestre. Los resultados habrían resultado mucho más débiles de no haber sido por las respuestas sustanciales, rápidas y sin precedentes desplegadas en el terreno fiscal, monetario y regulatorio, que mantuvieron el ingreso disponible de los hogares, protegieron los flujos de efectivo de las empresas y apuntalaron el suministro de crédito. Colectivamente, estas medidas han evitado por el momento una catástrofe financiera como la de 2008–09.

Aunque la economía mundial se está recuperando, el camino cuesta arriba probablemente será prolongado, desigual e incierto. De hecho, en comparación con el pronóstico de junio, las perspectivas han empeorado significativamente en algunas economías de mercados emergentes y en desarrollo donde las infecciones crecen con rapidez. Por lo tanto, comparadas con las economías avanzadas, proyectamos que las economías de

mercados emergentes y en desarrollo, con la excepción de China, sufrirán una pérdida del producto más fuerte en 2020–21 en relación con la trayectoria proyectada antes de la pandemia. Estas recuperaciones desiguales empeoran significativamente las perspectivas de convergencia mundial de los niveles de ingreso.

Además, la recuperación no está asegurada mientras la pandemia continúe propagándose. Dado que lugares que habían reducido la transmisión local a niveles bajos están experimentando nuevamente pequeños aumentos de las infecciones de COVID-19, la reapertura ha quedado en suspenso y están regresando los confinamientos focalizados. En el mundo entero, las economías tienen por delante arduas trayectorias para retomar los niveles de actividad previos a la pandemia.

Para evitar nuevos reveses habrá que cuidarse de no retirar prematuramente las políticas de respaldo. Lo que se necesitará en adelante son políticas internas hábiles para manejar la disyuntiva entre estimular la actividad a corto plazo y afrontar los retos a mediano plazo. El Informe sobre la estabilidad financiera mundial (informe GFSR) de octubre de 2020 pone de relieve las disyuntivas que enfrenta la política monetaria. Para sustentar la recuperación, también será necesaria una cooperación internacional vigorosa sobre el respaldo sanitario y financiero a países con escasa liquidez. Dar con la combinación correcta de políticas es una tarea sumamente difícil, pero la experiencia de los últimos meses hace pensar con cauteloso optimismo que las prioridades esbozadas en este informe pueden hacerse realidad.

Un aspecto crítico de la lucha contra la crisis sanitaria es asegurar que todas las innovaciones, ya sea en términos de pruebas de detección, tratamientos o vacunas, se produzcan a una escala que permita beneficiar a todos los países. Los compromisos de compra adelantada de vacunas en etapa de ensayo pueden estimular este proceso desde el punto de vista de fabricantes que, de lo contrario, podrían dudar a la hora de asumir el costo inicial. Este paso debería incluir un firme componente multilateral para ayudar a distribuir dosis a todos los países a precios asequibles. A nivel más general, la comunidad internacional tendrá que continuar ayudando a los países con una capacidad sanitaria limitada,

compartiendo equipamiento y conocimientos, así como mediante el apoyo financiero de los organismos internacionales de salud.

A nivel nacional, los gobiernos ya han respondido con una variedad de contramedidas fiscales que incluyen esfuerzos por amortiguar las pérdidas de ingreso, promover la contratación, expandir la asistencia social, garantizar el crédito e inyectar capital en las empresas. Estas medidas han evitado quiebras empresariales generalizadas y contribuido al repunte parcial del empleo. No obstante, el empleo y la participación en la fuerza laboral continúan muy por debajo de los niveles previos a la pandemia, y muchos millones de puestos de trabajo peligrarán cuanto más dure la crisis. Para proteger los puestos de trabajo, es importante que, siempre que sea posible, los gobiernos sigan brindando respaldo a las empresas viables pero aún vulnerables declarando moratorias del servicio de la deuda y dándoles apoyo con características de capitalización. Eventualmente, una vez que la recuperación esté firmemente afianzada, las políticas deberían reorientarse poco a poco para facilitar la reasignación de trabajadores de los sectores que probablemente sufran una contracción a largo plazo (viajes) hacia sectores en crecimiento (comercio electrónico). A lo largo de esa transición, los trabajadores tendrán que recibir respaldo mediante transferencias de ingresos y programas de reorientación laboral y adquisición de nuevas aptitudes.

En general, las economías avanzadas han podido brindar liquidez de respaldo y gasto directo más grande en relación con el PIB que otras economías restringidas por una deuda elevada y el aumento de los costos de endeudamiento. Este último grupo tendrá que crear margen para las necesidades inmediatas de gasto, priorizando medidas en contra de la crisis y recortando subsidios mal focalizados. Algunos necesitarán más ayuda por parte de acreedores y donantes mediante reestructuración de la deuda, donaciones y financiamiento en condiciones concesionarias, basados en importantes iniciativas que ya se encuentran en marcha. El FMI ha desempeñado un papel fundamental en estas iniciativas a través de la solicitud lanzada conjuntamente con el Banco Mundial para la suspensión del servicio de la deuda de los países de bajo ingreso, un llamado a la reforma de la arquitectura de la deuda internacional y el suministro de financiamiento para varios países miembros con una celeridad sin precedentes.

La tarea que los países tienen por delante se ve más complicada por la necesidad de abordar los retos planteados por la pandemia. En este informe, publi-

camos proyecciones de crecimiento a mediano plazo por primera vez desde el inicio de la crisis. Aunque la incertidumbre sigue siendo sustancial, prevemos que el crecimiento se moderará significativamente, tras el repunte proyectado de la actividad mundial en 2021. Es probable que tanto las economías avanzadas como las de mercados emergentes sufran pérdidas del producto significativas en relación con los pronósticos previos a la pandemia. Los Estados pequeños, así como las economías que dependen del turismo y basan su actividad en las materias primas, se encuentran en un aprieto particularmente difícil.

La mayor parte de las economías sufrirán daños perdurables en el potencial de oferta, como consecuencia de los daños perdurables que dejarán la profunda recesión de este año y la necesidad de cambio estructural. Las persistentes pérdidas del producto constituyen un grave revés para los niveles de vida en relación con las expectativas que existían antes de la pandemia. No solo aumentará la incidencia de la indigencia por primera vez en más de dos décadas, sino que la desigualdad también recrudescerá porque la crisis ha afectado desproporcionadamente a la mujer, a las personas con empleos informales y a las que tienen un nivel educativo relativamente más bajo, como lo explica el capítulo 2 del presente informe. La pérdida de acumulación de capital humano tras el cierre generalizado de las escuelas constituye otro reto.

Por añadidura, los niveles de deuda soberana se incrementarán significativamente en un momento en que la contracción del producto potencial implica una reducción de la base tributaria que dificulta el servicio de la deuda. Del lado positivo, las perspectivas de que las tasas de interés se mantengan a bajos niveles durante más tiempo, sumadas al repunte del crecimiento proyectado para 2021, podrían aliviar la carga del servicio de la deuda de muchos países. A fin de que la deuda conserve una trayectoria sostenible a mediano plazo, es posible que los gobiernos tengan que aumentar la progresividad de la tributación y asegurarse de que las empresas paguen los impuestos que les corresponden, eliminando al mismo tiempo el gasto improductivo.

Corresponde elaborar políticas de apoyo a corto plazo encaminadas a encarrilar las economías por una senda de crecimiento más vigoroso, equitativo y sostenible. Como lo explica el capítulo 3 del presente informe, las autoridades pueden aspirar simultáneamente a mitigar el cambio climático y afianzar la recuperación de la crisis de COVID-19. Eso puede

lograrse a través de un programa integral que incluya un estímulo sustancial de la infraestructura pública verde, un aumento paulatino de los precios de las emisiones de carbono y compensación a los hogares de menores ingresos para que la transición sea justa para ellos. A nivel más general, la ampliación de la red de protección para corregir sus deficiencias puede garantizar la protección de la población más vulnerable y respaldar al mismo tiempo la actividad a corto plazo, como lo demuestra el ejemplo de muchas economías avanzadas en las cuales el ingreso disponible se mantuvo relativamente estable aun cuando el PIB sufrió colapsos históricos. Asimismo, la inversión en salud y educación —entre otras cosas, para remediar las pérdidas sufridas durante la pandemia— puede ayudar a lograr un crecimiento participativo e inclusivo. El informe *Monitor Fiscal* de octubre de 2020 argumenta de manera contundente a favor de la inversión pública en estos momentos de más incertidumbre.

Ya hemos visto significativas innovaciones en el terreno de las políticas en los últimos meses: desde el programa de recuperación de la pandemia creado por la Unión Europea hasta las compras de activos lanzadas por los bancos centrales de mercados emergentes y el uso novedoso de tecnologías digitales para brindar asistencia social, por ejemplo, en los países de África subsahariana. Se trata de medidas que evitieron colapsos aún más extremos y que constituyen elocuentes recordatorios de que las políticas eficaces y bien concebidas protegen a las personas y el bienestar económico colectivo. Apoyándose en ellas, las políticas de la próxima etapa de la crisis deben apuntar a mejoras duraderas de la economía mundial que creen un futuro seguro y próspero para todos.

Gita Gopinath
*Consejera Económica y
Directora del Departamento de Estudios*